LATIDOS

BJÖRN BORG

Memorias narradas a Patricia Borg

Traducidas del sueco por Elda García-Posada

Alianza editorial

Título original: *Hjärtslag. En självbiografi*

Publicado por acuerdo con Norstedts Agency
y Casanovas & Lynch agencia literaria.

Primera edición: noviembre de 2025

Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.

PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Patricia Borg, publicado por Norstedts, Sweden, en 2025.
© de la traducción: Elda García-Posada, 2025
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025
Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 979-13-7009-112-5
Depósito legal: M. 15.362-2025
Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo 11

Primera parte. Un asunto de familia (1956-1974) 15

1. Éramos nosotros tres. Siempre 17
2. Ampliando horizontes 28
3. Labbe entra en escena 38
4. El mundo como cancha de juego 47
5. El ascenso a la cima 56
6. El triunfo en París 61
7. El traslado a Montecarlo 68

Segunda parte. Los años dorados (1975-1978) 75

8. El poder de unos calzoncillos largos naranjas 77
9. El beso de la victoria 91
10. El mejor del mundo 97
11. Hecho unos zorros 103
12. El regreso 114
13. Tenis y *rock'n'roll* 123

Tercera parte. Espectacular final (1979-1981) 133

14. La máquina de ganar 135
15. Cumbre y crisis 152
16. Hielo y fuego 158
17. El circo de Wimbledon 174
18. «Dejadme en paz» 185

Cuarta parte. El ángel de la guarda (1981-2000) 193

19. Cuando se acaba, se acaba 195
20. La vida es una fiesta 203
21. Mi hijo y yo 212
22. Mis negocios 219
23. Aparecen los demonios 230
24. Años negros en Milán 234
25. El retorno a las canchas 240
26. El ángel de la guarda 249
27. Una década perdida 257

Quinta parte. Juego, set y partido (2000-2025) 267

28. Amor verdadero 269
29. Las bodas 279
30. *«This is the End»* 292
31. Vida familiar 301
32. Dos bestias competitivas se reencuentran 314
33. Secretos de familia 323
34. En paz al fin conmigo 333
35. Reveses y latidos 341

Epílogo 345

Agradecimientos 347

PRÓLOGO

Pum, pum, pum… ¿Son los latidos de un corazón o el sonido de una pelota de tenis al ser golpeada de revés? A estas dos cosas es a lo que muchos quizá asociamos esa cadencia opaca, ese palpitar sordo. Ahora no oigo ninguna de ellas: ni reveses ni latidos. Lo único que hay es silencio.

Estamos a mediados de los años noventa. Me hallo en una pequeña ciudad de Holanda y acabo de volver al tenis profesional. El circuito de veteranos me ha devuelto la alegría de jugar. Mi padre me acompaña en el viaje, como en tantas otras ocasiones. Él, con su característico pelo peinado hacia atrás y fijado con cantidades ingentes de Brylcreem, es a la vez mi mayor admirador y mi mejor amigo. Me conmueve en lo más hondo que todavía quiera venir conmigo.

Dentro de poco tendremos que dirigirnos al pabellón de tenis en el que disputaré la final. El sol brilla, y todo ha salido a la perfección durante la semana hasta que ayer por la noche las cosas se torcieron. La velada comenzó bien, con una cena agradable junto a mi padre y mis compañeros de torneo, pero luego

algo se torció en mi cabeza, como a veces me pasa. Tomé de todo en exceso: alcohol, drogas, pastillas… mi habitual automedicación en esos momentos de crisis interna.

Cuando mi padre viene a buscarme, apenas logro articular un quejido:

—Hoy no puedo jugar. Me encuentro fatal.

Él rechaza mis protestas con un gesto de las manos y me asegura que todo va a ir bien. En el fondo, supongo que confía en que se me pase, que consiga recomponerme, como en tantas otras ocasiones. Empezamos a caminar, pero siento que el suelo se tambalea bajo mis pies. Es como si me moviera suspendido en el aire, sin avanzar. Nos disponemos a cruzar un puente, uno de esos típicos puentes holandeses que atraviesan el canal en el que se mecen las casas flotantes, amarradas con gruesas maromas. Y es allí donde me desplomo.

Todo se oscurece y ocurre lo impensable: muero.

No hay túnel de luz, ni escenas de mi vida desfilando ante mis ojos: todo desaparece, sin más.

Mi corazón ya no hace *pum, pum, pum*. Porque se ha detenido.

Pero antes de que caiga el telón, aún alcanzo a pensar: *«¿Cómo he llegado hasta aquí?»*.

Por fortuna, hay gente a nuestro alrededor que acude en nuestra ayuda y consigue salvarme. Seguro que mi padre, con las manos hundidas en los bolsillos, conserva hacia fuera su máscara de calma, aunque por dentro esté paralizado por el miedo. Así era como solía reaccionar, pues le aterrorizaban las confrontaciones, y, en momentos como ese, no se comportaba precisamente como un hombre de acción.

*

Sobreviví, lo que fue una gran suerte: porque amo la vida, y hoy estoy más que agradecido de que aquella vez no fuera el fin. Di-

cen que un corazón en total late unos dos mil quinientos millones de veces. El mío ha latido algunas menos, y no solo por mi baja frecuencia cardíaca.

Después del colapso en el puente, supe que iba a tener que disputar el partido más importante de mi existencia: el duelo contra mí mismo —ese rival tan obstinado— y contra las drogas. Nacido bajo el signo de Géminis, los gemelos, siempre he sentido que, en efecto, llevo dos personas dentro de mí, al igual que el doctor Jekyll y Mr. Hyde. El gemelo malvado, cual pequeño demonio encaramado a mi hombro, se empeña en arrastrarme hacia una densa oscuridad.

Aquel fatídico día en Holanda fue cuando más cerca estuvo de lograrlo.

Primera parte

UN ASUNTO DE FAMILIA

(1956-1974)

1.

ÉRAMOS NOSOTROS TRES. SIEMPRE

Mi primer recuerdo: una comisaría. Tenía tres años y las lágrimas me corrían por las mejillas. El estómago me dolía del miedo y la ansiedad. En la sala, fría y estéril, un zumbido constante llenaba el aire. Pensaba en mi madre, que solía decirme que, si no me portaba bien, vendría la policía y se me llevaría. Eso era lo que acababa de pasar, y yo temblaba de terror. ¿Qué había hecho yo para terminar allí? ¿Tan malo había sido?

Unos minutos después, cuando mi madre vino a buscarme, comprendí que no era culpa mía. Tan solo me había alejado de ella y me había perdido.

*

Mi familia siempre ha significado muchísimo para mí. Nací el 6 de junio de 1956, un miércoles, y, como primogénito, fui un hijo muy deseado. Por entonces vivíamos en la localidad portuaria de Nynäshamn, si bien no tardamos mucho en mudarnos a la hermosa ciudad industrial de Södertälje, al sur de Estocolmo. Corrían los años sesenta, momento en que la población te-

nía dos grandes referentes: la empresa de camiones Scania y el equipo de *hockey* sobre hielo Södertälje SK. El municipio, como el resto del país, estaba gobernado por los socialdemócratas.

Vivíamos de alquiler en un piso de dos dormitorios, en un edificio corriente de color verde, en la calle Torekällgatan. En la parte baja de la fachada se alineaban varias puertas de garajes, perfectas para un chiquillo loco por la pelota pero sin compañero de juegos, y alrededor de ellas brotaban árboles y callejuelas. Éramos solo nosotros tres: mi madre Margareta, mi padre Rune y yo. Desde el principio fuimos una familia muy unida, y lo hacíamos casi todo juntos. Ninguno de mis progenitores tenía hermanos, y como la relación de mi padre con su familia era complicada, apenas veíamos a mis abuelos paternos. Con los maternos, en cambio, manteníamos un vínculo estrecho, y pasábamos tiempo con ellos. Que yo recuerde, ellos no frecuentaban a nadie más, como tampoco mis padres.

Sé que intentaron tener más hijos, aunque por desgracia no lo lograron. Después de varios embarazos frustrados, mi madre hubo de someterse a una operación para extirparse los ovarios debido al desgaste por tanto intento fallido. Así que me quedé como hijo único. Fue una gran pena para mis padres, y a buen seguro eso contribuyó a que los tres hiciéramos piña y nos volviéramos inseparables. Éramos nosotros tres. Siempre. Una familia estrechamente unida, con mi madre Margareta al frente.

*

El sueño de convertirme en estrella del deporte despertó muy temprano en mí. Tal vez porque mi jardín de infancia se encontraba junto a un parque llamado Badparken, un área recreativa de larga tradición que en verano presumía de varias canchas de tenis, y en invierno, de una pulida pista de hielo. Mi madre y yo pasábamos por allí cada día, de camino al parvulario, y yo no

podía apartar la vista de los chavales que practicaban variados juegos en el recinto. Así que quizá tengo que agradecer a ese parque y a todos los que se ejercitaban en él que, ya en primaria, me diera por empezar con el tenis y el *hockey* sobre hielo.

Comencé a entrenar al *hockey* con un buen equipo llamado Las Gaviotas, donde enseñaban la técnica y los fundamentos del patinaje. Más adelante, mi padre y el padre de otro chico fundaron otro equipo, el SAIF, para que los niños tuviéramos un grupo en el que jugar. Fue un proyecto entusiasta, que permitía que todos pudiéramos participar, independientemente de nuestro nivel. Pero, aunque para la mayoría era solo un pasatiempo, yo me lo tomé en serio desde el principio.

Progresé muy rápido, y cuando un club «de verdad», el prestigioso Södertälje SK, me ofreció entrar en su equipo de infantiles, no cabía en mí de la emoción. Competían en primera división, y yo me volqué por completo, entrando en acción siempre que me lo permitían. La recompensa llegó en forma de un importante torneo juvenil llamado la Copa de San Erik, en la que nuestro equipo alcanzó la final. Lo que más ilusión me hizo fue ser elegido mejor jugador del partido, tanto en cuartos como en semifinales. Pero creo que ya entonces empecé a notar que me atraían más los deportes en los que uno compite en solitario.

*

Empezar la escuela es un momento fundamental para cualquier niño, y mi caso no fue una excepción, aunque me costó un tiempo encontrar mi sitio entre los demás. Al ingresar en primaria en el colegio de Blombacka, mi madre me acompañó. Me sentía inquieto y algo asustado, a pesar de que ya había jugado antes con varios de los que serían mis compañeros de clase. Yo era, en general, un chico alegre, pero había algo

que me fastidiaba: como mi madre trabajaba como niñera para contribuir a la economía doméstica, durante la semana nunca había tranquilidad en casa; los niños correteaban por todas partes, sin dejarme estar a solas y a mi aire en mi cuarto, siempre interrumpiéndome.

Mi habitación era el típico dormitorio infantil, con pósteres del tebeo *Buster* en las paredes, revestidas de un sesentero papel tapiz de fibras naturales donde de vez en cuando se quedaba pegado algún moco. Tenía todo lo que necesitaba: una cama, estanterías y un escritorio frente a la ventana que daba al aparcamiento, así que justo a mis pies se hallaban las puertas del garaje. Me gustaba mi pequeño refugio; allí leía mis cómics y soñaba despierto, tanto que, en ocasiones, absorto en mis ensoñaciones, ni oía si alguien me hablaba. Se trataba de una estancia acogedora, confortable, que no quería compartir con nadie. Creo que todos los niños necesitan a veces un rato para sí, pero con los otros danzando por los pasillos a todas horas, esa privacidad para mí resultaba imposible. Por suerte, tenía el deporte.

Mi madre se mostraba muy exigente en lo relativo al colegio: no solo quería que me aplicara en los estudios, sino que también cuidara de todo aquello que implicaba la vida escolar. Recuerdo una ocasión, ya en segundo de primaria, en que se enfadó muchísimo conmigo. Era el último día de curso y me había vestido con ropa blanca nueva, muy elegante. Yo había descubierto que existían atajos para llegar al colegio, uno de los cuales bajaba por una ladera de césped. De camino a la ceremonia de clausura, como iba apurado de tiempo, decidí tomarlo. Por supuesto, resbalé y me manché. Al verme, mi madre estalló, pensando que me había revolcado por la cuesta a propósito. Cuando se enfadaba, lo hacía de verdad, sin esforzarse por disimularlo. Mi padre, en cambio, rara vez perdía los estribos. En ese sentido, como en otros, se complementaban bien.

En el instituto, para mi gran disgusto, no obtuve la máxima calificación en educación física porque el profesor consideró que no era lo bastante bueno en gimnasia rítmica y danza. Me temo que tenía razón: no me gustaban esos «deportes», y por eso las notas fueron regulares. Eso sí, casi siempre hacía mis deberes y rendía bien en clase: más me valía, porque, de lo contrario, mi madre me habría puesto firme. Al final, terminé la secundaria con buen expediente.

Tanto a mi madre como a mi abuela Greta se les había metido en la cabeza que de mayor yo fuera pastor protestante. Mi padre no estaba en absoluto de acuerdo; prefería que apostara por una carrera deportiva. Todavía en la actualidad me pregunto de dónde sacaron esa idea, porque en la familia nadie había sido especialmente religioso. Es cierto, sin embargo, que todos compartimos una faceta espiritual, manifestada en que somos capaces de percibir la presencia de personas difuntas, sentimos energías en determinados lugares o albergamos presentimientos de cosas que van a suceder. No obstante, durante mi infancia, apenas reparé en ello; fue algo que solo empecé a comprender muchos años más tarde.

Mi madre y la abuela dejaron pronto de insistir en lo del sacerdocio, lo que tampoco supuso un gran problema, dado que la pasión por el deporte era común a todos en casa. Desde muy temprano, nuestra vida giró en torno al *hockey* sobre hielo, el *ping-pong,* el fútbol y el tenis. Cuando era pequeño, en televisión no había la oferta deportiva de hoy en día. Lo que más se retransmitía era el fútbol, sobre todo los partidos de la liga inglesa en el programa de los sábados *Tipsextra,* que ni mi padre ni yo nos perdíamos por nada del mundo. Seguirla era parte esencial de la rutina. Nos sentábamos ante el televisor con nuestras apuestas, cuidadosamente meditadas, movidos por la ilusión de ganar una fortuna en las quinielas. Cosa que, por supuesto, nunca ocurrió.

Desde los tiempos de mi abuelo paterno, todos en casa hemos sido hinchas del Charlton Athletic, un equipo que ya no goza de tanta fama porque parece que desciende de categoría cada temporada. Pero eso no importa: mi corazón le pertenece. En Suecia, soy del Hammarby IF, y en *hockey* sobre hielo, del Södertälje SK. Porque cuando uno elige un equipo, lo hace para toda la vida, o, al menos, así lo veo yo.

*

Desde niño, adopté una rutina muy particular. No tengo ni idea de cómo empezó, la verdad, pero, por ejemplo, cada domingo por la noche me daba un largo baño. Los viernes y sábados solía dedicarme al deporte en cuerpo y alma, de manera que disfrutaba de la sensación de sumergirme en el agua bien caliente al final del día y dejar que los pensamientos se disolvieran y se esfumaran. En la bañera podía quedarme tanto tiempo como quisiera, sin pensar en absolutamente nada. Aunque el agua se enfriara y los dedos se me arrugasen, era una forma inmejorable de relajarme.

Mi madre cada noche preparaba la ropa que yo debía ponerme a la mañana siguiente para ir al colegio. La dejaba doblada en una silla junto a la cama y yo la miraba de reojo, pensando para mis adentros: «Ni loco me pongo eso». Lo peor era cuando me dejaba un jersey de cuello alto, que picaba y soltaba chispas de electricidad estática al ponérmelo, haciendo que el pelo se me erizase. Eso de no poder elegir yo mi indumentaria me fastidiaba bastante. Pero esas cosas las decidía mamá, y punto.

Por lo general, me gustaba ir a la escuela, y como siempre he sido madrugador, en cuanto mi madre me despertaba, saltaba de la cama, listo para empezar el día. Me hacía ilusión encontrarme con mis compañeros, sobre todo después de los fines de semana o los puentes.

En general, mi etapa escolar fue bastante apacible. Si bien, por supuesto, también tengo algunos recuerdos dolorosos. Entre ellos está el de mi acusado prognatismo, que tanto los médicos como mis padres se empecinaron en corregir. Por eso cada noche debía ponerme un aparato especial diseñado para estirar la mandíbula y colocarla bien. Consistía en una fuerte goma elástica que empujaba la barbilla hacia atrás y que, al ajustarse con fuerza alrededor de la cabeza, me hacía mucho daño. Tuve que llevarla, creo, un año entero, al cabo del cual el problema se solucionó, por fortuna; hoy no me queda ninguna secuela. Aunque valió la pena el esfuerzo, lo recuerdo como una época muy dura, sobre todo cuando me invitaban a dormir a casa de algún amigo: casi nunca me apetecía, precisamente por culpa de ese artilugio espantoso.

*

Puede que la fuerte cohesión familiar de la que siempre hemos hecho gala se vea como algo raro desde fuera, pero debo decir que la confianza en mí mismo que me ha caracterizado a lo largo de la vida tiene su origen, creo, en dicha unión. Mi padre era el pilar fundamental de la familia. Me encantaba acompañarlo a los torneos de tenis de mesa que disputaba. Se le daba muy bien, y sin duda heredé de él mi relación sensorial con la pelota. No en vano, aún hoy juego al *ping-pong* de cuando en cuando: me divierte y me trae recuerdos muy bonitos de los momentos compartidos con él.

Uno de ellos fue decisivo para que me convirtiera en tenista profesional. Con unos ocho o nueve años, lo escolté a una competición en el complejo deportivo de Båstad, en nuestro municipio. Antes de comenzar, anunciaron que el ganador podría elegir su premio entre varias opciones, entre ellas una raqueta de tenis. Me hacía una ilusión enorme tenerla, así que le supliqué que, si

vencía, escogiera la raqueta como premio. Y él, con su generosidad habitual, hizo justo eso: primero ganó y, luego, eligió la raqueta.

¿Quién sabe qué habría pasado si no hubiera ido con él aquel día? ¿Fue el destino o alguna fuerza superior la que guio esa elección? Vete tú a saber. Pero está claro que aquello marcó el punto de inflexión, la ocasión en que el tenis entró de verdad en mi vida. Por primera vez tenía una raqueta en las manos; hasta entonces me había limitado a mirar, embobado, cómo jugaban otros niños en el parque de Badparken. Como era demasiado pesada para mí, tenía que usar ambas manos para darle a la bola, tanto de revés como de derecha. Puede decirse que, por eso, desarrollé desde muy pronto un peculiar estilo de juego. Más adelante, mis preparadores intentarían que soltara la mano izquierda y cambiara mi empuñadura, pero a mí me daba igual lo que dijeran: continué jugando como me resultaba natural. Eso derivaría en un revés a dos manos. Lo que sí abandonaría con el tiempo es el hábito de emplear las dos manos para el golpe de derecha, aunque, eso sí, a regañadientes. Ahora bien, eso sucedería mucho después, cuando Percy Rosberg se convirtió en mi primer entrenador profesional. El revés a dos manos, en cambio, nunca lo dejé, y después de mí fueron muchos los jugadores que adoptaron dicha técnica.

*

Desde muy joven me convertí en un auténtico jugador todoterreno, sin duda gracias a que practicaba tanto *hockey* sobre hielo como tenis, sobre todo en invierno. Jugábamos al tenis bajo techo, en un pabellón con aquel clásico suelo duro sintético, marcado con infinidad de líneas de todos los deportes posibles. La superficie era rapidísima. En verano, en cambio, era el turno de la tierra batida del Badparken. No recuerdo que impartieran

clases para niños, pero yo estaba allí, de la mañana a la noche, esperando que alguien quisiera jugar conmigo. Esa alternancia entre la temporada de invierno en interiores y la de verano en el exterior me obligó a adaptarme a superficies tanto rápidas como lentas, lo que se convirtió en una gran ventaja cuando empecé a jugar a nivel profesional.

Cada día, al volver del colegio, me esperaban en el pasillo o bien la raqueta de tenis, o bien los patines. Cogía lo que tocara y salía corriendo hacia Badparken. En verano me atraían las pistas de tenis; en invierno, me quitaba los protectores de los patines y me lanzaba sobre el hielo con un par de zancadas rápidas. También me uní al movimiento *scout* en la rama de «lobatos», pero más que nada porque quería llenarme la chaqueta de insignias. Desde pequeño fui muy competitivo.

Si las canchas de tenis estaban libres, practicaba el saque; si no, me quedaba de todas formas a ver y aprender de los demás. Merodeaba por allí a todas horas: antes y después de la escuela, los fines de semana y, por supuesto, durante las vacaciones. A menudo había algún hueco libre porque alguien no se había presentado; varias veces ocurrió que un jugador que iba a participar en un partido de dobles se puso enfermo, y entonces yo, que siempre estaba listo para jugar, ocupaba su sitio. Admiraba a los jugadores mayores de categoría júnior: lo buenos que eran y lo fuerte que golpeaban la bola. Para mí, que era un crío, resultaba enormemente instructivo, pero sospecho que a ellos no les hacía gracia tener que entrenar conmigo, a pesar de que jugara bastante bien para mi edad.

Justo cuando el tenis comenzaba a convertirse en el centro en mi vida, mis padres compraron una tiendecita de barrio en la calle Torekällgatan. Era uno de esos colmados a la antigua usanza que había en aquella época, donde se vendía un poco de todo. Para mí, tenía algo especial pasar por allí después de clase, poder agarrar algo rico de merendar, solo o en compañía de al-